

“LA NECESIDAD LÓGICA Y SOCIAL DE QUE LA ENSEÑANZA
SEA CATÓLICA”

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

UNIVERSIDAD DE MANILA

EL DÍA 2 DE JULIO DE 1878

POR EL

R. P. FR. JULIÁN RIVILLA RAMIRO

DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD

«Horum autem malorum causam in eo præcipue sitam esse Nobis persuasum est, quod despecta ac rejecta sit sancta illa et augustissima Ecclesiæ Auctoritas, qua Dei nomine humano generi præest, et legitimæ cujusque auctoritatis vindex est et præsidium.....»

«Hinc orta effrenis illa libertas prava quæque docendi et in yulgus edendi, dum ex adverso modis omnibus Ecclesiæ jus ad juventulis institutionem, et educationem, violatur et opprimitur....»

«Ea vero tempora optimis institutis, vitæ tranquillitate, opibus et prosperitate eo magis floruisse, quo Ecclesiæ regiminis ac legum sese observantiores populi exhibuerunt.»

*Palabras de Nuestro Santísimo Padre León XIII.
Encíclica del 21 de Abril.*



MANILA
IMPRENTA DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

1878

Excmo. Sr.:

Ilmo. Claustro:

Señores:

Al pensar que había de dirigir mi tosca e inculta palabra a un público tan numeroso e ilustrado, heme conmovido hondamente en mi interior, y una tristeza enervante y un abatimiento profundo han herido lo más íntimo de mi alma. Porque, Señores, lo digo con la más sincera ingenuidad, no por mera fórmula, ni por modestia, sino porque realmente es así, mi inteligencia es muy limitada, las nociones científicas y literarias que poseo son escasas y de poca entidad: hálleme por lo tanto destituido de las cualidades necesarias para desempeñar con dignidad la elevada comisión que se me ha confiado. Átomo imperceptible en el mando científico y literario, ruborízome al presentar mi oscura existencia a la vista de realidades de primer orden, muy notables por su profundo saber y por su bello y elocuente decir.

Por estas consideraciones comprenderéis, Señores que no ocupo hoy esta tribuna honorífica por mi voluntad, propia, sino vencido sólomente por un deber sagrado que en un día, para mí el más feliz de la vida, me impuse yo mismo ante la presencia de Dios, de los ángeles y de los hombres, sometiendo para siempre mi querer al mandato de mis superiores.

Por lo mismo espero y os pido a vosotros que sois benévolos, una indulgencia plenísima para los muchos defectos que necesariamente hallaréis en este humilde trabajo. Y, puesto que carezco de autoridad para enseñaros, me permitiréis que con frecuencia tome en mi boca palabras de escritores notables, que gozan de reputación distinguida en la república de las ciencias y de las letras.

Mas, antes de indicaros la tesis importantísima que pienso proponer a vuestra consideración, debo enunciaros, siquiera sea brevemente, los felices resultados de la enseñanza en este último año escolar que acaba de transcurrir.

Son verdaderamente dignos del mayor elogio los profesores de esta noble e ilustre Universidad y de los Colegios de su dependencia por la actividad intensa y el celo infatigable que han desplegado en el cumplimiento de su tan difícil como penoso ministerio. Asimismo deben tributarse alabanzas supremas a esa multitud de jóvenes activos y laboriosos, que con una aplicación constante al estudio y una asistencia asidua a las clases, ávidos de oír las explicaciones de sus maestros, y allanando las graves y numerosas dificultades del ardiente clima en que viven, y de la edad fogosa en que se hallan, han superado las elevadas aspiraciones de los que tienen la delicada misión de dirigir sus inteligencias por los escabrosos senderos del saber, y al propio tiempo han inundado de gozo el corazón de los autores de sus días y de todos aquellos que desean y procuran su verdadera felicidad.

Cábeme también la noble satisfacción de anunciaros que cada año se van introduciendo mejoras notables en las diversas carreras de la enseñanza, y se adquieren de día en día nuevos objetos e instrumentos para la explicación de las ciencias naturales. Los beneméritos e ilustrados PP. de la Compañía de Jesús trabajan incansables en la dirección del Ateneo Municipal, y han obtenido nuevos instrumentos para perfeccionar sus observaciones meteorológico-astronómicas. El Museo de Historia Natural de esta Universidad ha sido enriquecido este año, como los anteriores, con nuevos y magníficos objetos de los tres reinos de la naturaleza, debidos en su mayor número a la diligencia y laboriosidad de dignísimos religiosos que, al propio tiempo que se ocupan *en iluminar con la luz del Evangelio a los que se sientan en tinieblas y en sombra de muerte*,⁽¹⁾ examinan y recogen con cuidado los productos de la naturaleza para enviarlos a los centros de enseñanza, a fin de que puedan servir para extender los horizontes de las ciencias, la riqueza del país, y el honor y lustre de su patria.

Nuestros fervorosos misioneros de Tong-king nos han remitido este último año dos ejemplares muy notables de la familia felina; uno de tigre real de más de dos metros de longitud, medido desde la extremidad del hocico hasta el nacimiento de la cola, y otro bastante grande en su género, y que parece ser la especie *Felis macrocelis* de Temminck. Y esperamos que, con la seguridad de que ahora gozan y con la mayor facilidad de comunicaciones con este Archipiélago, nos serán remitidos nuevos y preciosos objetos, algunos quizá desconocidos en la ciencia de la naturaleza, si se tiene en cuenta que los bosques de la parte oriental de Tong-king han estado ocultos hasta el presente a la curiosa mirada del naturalista observador.

Pagado este corto tributo de alabanza a todos los que han contribuido al desarrollo y perfeccionamiento de la instrucción en estas Islas, paso a revelaros lo que ha de constituir el fondo de mi insignificante trabajo. Os demostraré primero la necesidad que tenemos de sujetar nuestros conocimientos al juicio supremo de una autoridad infalible, divina; os diré después que esta autoridad existe en el mundo, y es la iglesia católica, única que tiene la facultad de enseñar al género humano la verdad que ha recibido de su divino fundador Jesucristo; y por último os hablaré también, aunque brevemente, de la inmensa influencia que ejerce sobre la humanidad la doctrina católica. De todas estas premisas deduciré un corolario importantísimo, que puede considerarse como la tesis general a cuya demostración se dirige todo este discurso, a saber: *la necesidad lógica y social de que la enseñanza sea católica*.

Tesis importantísima, pues entraña la solución del gran problema social que se viene agitando entre los hombres desde el principio del mundo, y de cuya solución depende el porvenir de las sociedades. Porque, Señores, la enseñanza forma al hombre, y el hombre forma a la sociedad; puesto que la sociedad no es otra cosa

⁽¹⁾ S. Luc. I. 79.

que el resultado de las acciones individuales, y estas acciones se realizan siempre en conformidad con las ideas y principios que se han recibido por la enseñanza. De aquí que si la enseñanza dada a los individuos es verdadera y buena, la sociedad formada por ellos será también buena, y real y verdadera su perfección; si la enseñanza contiene ideas falsas y principios erróneos, en la sociedad alimentada con esa enseñanza no reinará el orden, ni dominará la paz, ni habrá verdadero progreso.

Es tan interesante y capital la cuestión de enseñanza que la primera palabra que pronunció el Salvador de los hombres, cuando envió a sus apóstoles para regenerar al mundo, fue la palabra *enseñanza*; *enseñad a todas las gentes*, les dijo: *docete omnes gentes*⁽¹⁾. Y lo que más inculca el actual Vicario de Jesucristo en la tierra, Nuestro Santísimo Padre León XIII⁽²⁾, al dirigirse por vez primera a todos los Obispos del mundo católico, es la enseñanza: «Toca a vosotros, les dice, Venerables Hermanos, trabajar activamente y con esmero, para que la semilla de las celestiales doctrinas sea difundida extensamente por el campo del Señor, y para que desde los tiernos años se infundan en el ánimo de los fieles las enseñanzas de la fe católica, echen en ellos profundas raíces, y sean preservadas del contagio de los errores.»

La cuestión, pues, elegida como tema de este discurso no puede ser más importante. ¡Ojalá que yo pudiera desenvolverla con la dignidad, elevación y maestría que se merece! Mas, ya que esto no es posible atendidas mis débiles luces, seguid favoreciéndome con vuestra indulgencia y atención.

Señores, la verdad es el alimento del espíritu; por eso nuestra alma la reclama con necesidad imperiosa e ineludible, así como el cuerpo exige necesariamente el alimento material. Pero la verdad que reclama el espíritu humano, la verdad que nutre y sustenta su inteligencia, no es una verdad imperfecta y sombreada con las negras tintas del error, no una verdad temporal y mudable a todo viento de discusión engañosa; sino una verdad perfecta, pura y sin mezcla de errores, una verdad completa e indiscutible, firme y constante, que pueda servir de base anchurosa y profunda para levantar sobre ella el grandioso edificio de la ciencia. Por eso el entendimiento humano, al investigar la verdad, naturalmente se dirige hacia una verdad primordial, fuente y principio de toda verdad, hacia una verdad eterna, divina e infalible, que permanezca siempre inmutable en medio de las fluctuaciones terrestres. Apenas empieza el hombre a dirigir su mirada sobre el mundo exterior primero y después sobre sí mismo, cuando espontáneamente se dirige hacia Dios. Porque el hombre es de raza divina, como dijeron los antiguos poetas, lleva en su alma la imagen de una sustancia infinita; y por eso hay en él una aspiración noble y sublime a lanzarse hacia Dios, que es el principio de su existencia y la fuente de su vida y de su felicidad; y por lo mismo el pensamiento más profundo de su alma, el sentimiento más

⁽¹⁾ S. Mat. XXVIII. 19.

⁽²⁾ Encíclica del 21 de Abril.

elevado y poderoso de su corazón, el fin inmutable que llena sus aspiraciones, es el pensamiento de lo eterno, de lo infinito, es el pensamiento de Dios. Y de este pensamiento sublime, como de germen fecundo, brota espontáneamente una flor preciosa, bendita, celestial que con su fragancia divina hace suaves y dulces los instantes más amargos de la humana existencia; esta flor inestimable es la religión.

La religión se apodera del hombre hasta lo más íntimo de su ser, y de la manera más poderosa desde los primeros albores del conocimiento racional; por eso el hombre es religioso desde los días de su infancia. Apenas sus labios balbucean el nombre de Dios, cuando instintivamente se juntan sus manos para orar. Y orando reconoce y confiesa la relación y dependencia que tiene con Dios, como con su principio y su fin, en lo que consiste esencialmente la religión. La religión, pues, es natural al hombre, es una ley fundamental de su espíritu. Por lo mismo donde quiera que se hallen hombres, se halla también religión. En cualquiera parte que respire un miembro de la especie humana, respira también un alma, y el aliento del alma es la oración.

«Cuando el cuerpo tiene hambre, dice el sabio y erudito Hettinger,⁽¹⁾ se le procura un alimento que le satisfaga, y sólo así puede vivir. Pero la humanidad tiene también hambre, se halla hambrienta de Dios; es necesario, pues, que haya un alimento propio para saciar a la humanidad; éste no es otro que la verdad divina, porque *el hombre no vive de sólo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*⁽²⁾ La religión es este divino alimento. Ella nutre al espíritu de ideas divinas y deposita en el alma sentimientos deliciosos y puros, a la manera que el rocío riega las flores, y éstas alimentadas por aquél, exhalan su vida interior en perfumes; del mismo modo el hombre exhala en la oración lo que hay de más íntimo en la vida de su alma. Y he ahí el sacrificio que se eleva desde la tierra hasta el cielo, y los perfumes suaves que millones y millones de almas dejan escapar de su abierto seno para embalsamar el universo.»

Pues bien, señores, esta verdad divina que el hombre necesita, esas verdades morales y religiosas sin las cuales no puede vivir social ni individualmente, no pueden ser conocidas pura y perfectamente por las solas fuerzas de la razón. Sin el auxilio de una autoridad divina que revele estas verdades, la humanidad se halla moralmente incapacitada para realizar una vida verdadera, seria, moral y religiosa. Examinad sino la historia de los siglos que precedieron a la manifestación personal de Dios sobre la tierra, y veréis que las investigaciones filosóficas más profundas, los esfuerzos más potentes y atrevidos de los elevados genios de Grecia, de Egipto y de Roma para descubrir la verdad divina, la naturaleza del *Dios desconocido*, no tuvieron otro resultado que expresar algunas ideas oscuras y confusas, opiniones erróneas, sistemas

⁽¹⁾ Apología del Cristianismo, t. 1. ° Conf. VIII. 3.

⁽²⁾ S. Mat. IV. 4.

absurdos y contradictorios que, según la frase de Cicerón,⁽¹⁾ más que discursos de filósofos, hubiera podido llamárseles delirios de imaginaciones fantásticas.

Recordad también, si os place, los funestos resultados de la filosofía racionalista, de esa filosofía que rechaza toda autoridad, aun la divina, y quiere por sí misma hallarlo todo y saberlo todo. Mirad lo que hizo el siglo pasado, ese siglo que se llamaba, sin duda por burla, el siglo de la filosofía. Después de separarse por completo de Dios y fundar lo que él llamaba religión de la razón, colocó en los altares al vicio bajo la forma de una mujer prostituida, a la que llamó diosa de la razón: Ved también lo que ha sucedido en nuestros mismos tiempos a los sabios del panteísmo. Con pretensión luciferina han intentado arrebatarse a la divinidad el secreto de una ciencia absoluta, y hacerse semejantes al Altísimo. Pero la débil razón humana, extinguida la antorcha resplandeciente de la revelación, ha quedado casi en completa oscuridad; y perdiéndose entre los dilatados laberintos del error, de precipio en precipio ha venido a descender hasta los abismos de la nada. Y efectivamente, Señores, después de este bello desvarío de una ciencia absoluta, igual a la de Dios, la incredulidad germánica se ha visto precisada a confesar paladinamente por uno de sus más célebres campeones, por Hegel, que la realidad y la nada son una misma cosa.

Sí, Señores, han transcurrido más de cincuenta siglos, y la razón humana, destituida de la divina revelación, no ha dado más que respuestas contradictorias sobre las cuestiones más importantes de la vida, en las que sin embargo es más imperiosa que en todas las demás la necesidad de una certeza absoluta, puesto que sin ella no puede vivir ni morir el hombre. Confieso de buen grado que la humana inteligencia ha hecho progresos verdaderamente extraordinarios en la esfera de las ciencias exactas y en el estudio del mundo material, y que ha conquistado para siempre un gran número de verdades. Ha clasificado las estrellas que se mueven en inconmensurables espacios, ha calculado sus revoluciones, y ha reducido a fórmulas y a números el mecanismo del cielo. Ha descendido a las entrañas de la tierra y ha penetrado los misterios de su constitución y de su formación. Conoce casi todos los seres del universo, los ha estudiado profundamente en su interior, en sus formas, en sus funciones; los ha ordenado en varios grupos y los ha calificado con nombres tan ingeniosos como varios. Ha penetrado hasta en lo más íntimo de esos misteriosos laboratorios, en que las fuerzas elementales de la naturaleza operan y traman, deshacen y construyen sorda e invisiblemente, pero sin descanso y con eficacia maravillosa.

El espíritu humano ha hecho verdaderos adelantos en el estudio del mundo exterior y visible; pero por desgracia no ha sucedido lo mismo respecto del conocimiento de Dios, y de sí mismo, y del origen de todas las cosas. Porque, Señores, ¿qué progresos ha hecho la razón humana en las verdades morales y metafísicas

⁽¹⁾ De nat. deor. 1. 16.

después que se apartó de la revelación divina? Ninguno, absolutamente ninguno: y no sólo no ha realizado ningún progreso, sino que ha retrogradado a los errores más absurdos y monstruosos del paganismo.

Después de aquella inmensa apostasía que hizo salir del seno de la Iglesia a la mitad de Europa en el siglo diez y seis, se han hecho grandes esfuerzos para reconstruir la ciencia del hombre y de Dios sobre bases puramente humanas. Pero, ¿qué ha sucedido? apareció primero el racionalismo, esa doctrina de los espíritus débiles, y se creyó por un instante que iba a hacerse dueño del porvenir; pero sus días estaban contados. Vino después el panteísmo confundiendo en una misma sustancia todas las cosas; identificando la materia con el espíritu, lo finito con lo infinito, al hombre con Dios; mas el brillo que dio el panteísmo fue de corta duración. De esa divinización del hombre y de la materia surgió el materialismo, el cual derribando de su usurpado trono al hombre que se igualaba con Dios, le hizo descender sin transición hasta más abajo del nivel de los brutos. Estos son los adelantos que ha hecho la razón pura en el conocimiento de Dios, y del hombre, y de todas las cosas. Y, sin embargo, el conocimiento de Dios y de nosotros mismos vale infinitamente más para nosotros que toda la ciencia del mundo: una verdad moral nos interesa más que la ciencia del cielo estrellado.

Pero, si la filosofía del pasado y del presente no ha podido dar solución a los problemas más importantes de la vida humana, ¿no será posible que venga una filosofía más sabia y poderosa que realice el ideal de una ciencia perfecta, pura y sin mezcla de error, que satisfaga las necesidades del espíritu humano? No, Señores: atendida la debilidad de la inteligencia humana después de aquella gran caída que se dio en el paraíso, es moralmente imposible que la humanidad por sí sola adquiera la verdad plena y completa en las cuestiones que más le interesan; y por eso necesita un socorro divino, una luz superior que la ilustre y le manifieste la verdad pura y sin sombra de error, la verdad perfecta e indiscutible. No es mía esta doctrina, Señores, que es de un entendimiento angélico, de Santo Tomás de Aquino, el cual hablando de la necesidad de una ciencia divina se expresa en los siguientes términos: «Aun respecto de aquellas cosas que se refieren a Dios y que pueden ser investigadas por la razón humana, fue necesario que Dios instruyese al hombre; porque las verdades relativas a Dios miradas solamente a la luz de la razón, llegarían a ser conocidas por pocos, y eso después de largo tiempo, y todavía con mezcla de muchos errores.»⁽¹⁾

Y, sin embargo, nuestro espíritu tiene necesidad de la verdad, no de una verdad imperfecta, oscurecida por las sombras del error, no de una simple probabilidad, sino de la verdad absoluta, perfecta, pura e indiscutible que nos permita afrontar con tranquilidad la muerte. Porque «del conocimiento de esta verdad, dice Santo Tomás, depende toda la salvación de los hombres, que está en Dios.» «*A veritatis cognitione*

⁽¹⁾ Sum. Theol. 1.ª p. q. 1.ª art. 1.º

dependet tota hominum salus quæ in Deo est.»⁽¹⁾ El hombre necesita un conocimiento exacto y que se funde en la más sólida certidumbre acerca de su naturaleza, su origen y su destino; y esto no sólo al final de su vida, sino en todo tiempo, y principalmente en los días borrascosos de su juventud, para que dé a su alma la solidez, el impulso y la fuerza que necesita en esa época tan crítica de su existencia.

Una verdad de este género no nos puede venir de la inteligencia humana abandonada a sus sóloas fuerzas, atendido el estado actual de su naturaleza, y la gran influencia que sobre ella ejercen la imaginación y la sensualidad. Por consiguiente es necesario que exista una autoridad superior, infalible, y por lo tanto divina, que enseñe la verdad a los hombres; es preciso que nos hable Dios, cuya palabra es la verdad misma, la verdad completa sin mezcla de duda ni de error. Los filósofos más sabios del paganismo conocieron esta necesidad. Platón decía que *era necesario que un maestro bajase del cielo para instruir a la humanidad*. Al considerar el desarrollo filosófico que les había precedido, la inmensa diversidad de doctrinas, de sectas y de escuelas, las unas contrarias a las otras, y que todas se arrogaban el derecho de enseñar, veían claramente la imposibilidad de que un hombre enseñase a los demás hombres, y que era necesario que el mismo Dios bajase del cielo para desempeñar este cargo. Sólo ante una autoridad divina e infalible podían desaparecer todas las contradicciones y callar todos los sistemas.

Por eso después de haber hablado Dios a los hombres por medio de Adán, de Henoc, de Noé, de Abrahán, de Moisés, y por una serie continua de profetas, últimamente les habló por medio de su Hijo, el *cual siendo el resplandor de la gloria, imagen sustancial viva y perfectísima del Padre, y sustentándolo todo con la palabra de su virtud*,⁽²⁾ descendió de lo más alto, de lo más sereno y luminoso de los cielos, y habitó entre nosotros en carne mortal, y enseñó la verdad a los hombres, no como los sabios de este mundo, sino como quien tiene todo poder,⁽³⁾ afirmando que era el Mesías prometido, el Hijo de Dios, y demostrando la verdad de su palabra con acciones maravillosas que sólo podían ser hechas por una virtud infinita; tales como dar vista a los ciegos, habla a los mudos, movimiento a los paralíticos, alimentar a miles de hombres con algunos panes, calmar las tempestades, devolver la vida a cadáveres ya descompuestos, y todo con una sóloa palabra, imperando con majestad sublime, como quien domina el Universo y se reconoce Rey y Señor de toda la naturaleza.

Y estos milagros, que Jesús obró para dar testimonio de su divinidad, fueron ejecutados públicamente, en el templo, en medio de ciudades populosas, ante hombres distinguidos por su probidad e instrucción, en presencia de sus mismos enemigos, en una época, en que el pueblo judío había llegado al apogeo de su civilización, y cuando el escepticismo cundía por todas las clases sociales, cuando

⁽¹⁾ Id. id. id.

⁽²⁾ S. Pablo, carta á los Hebreos, I, 1, 2, y 3.

⁽³⁾ S. Marc. I, 22.

griegos y romanos se hallaban esparcidos entre la turba de los espectadores. De este modo las obras de Jesús dieron testimonio de la verdad de sus palabras, y todas sus afirmaciones doctrinales quedaron garantidas de una manera infalible. Estos prodigios nos han sido referidos por testigos oculares, nada crédulos en verdad, pues solamente afirman lo que vieron y oyeron y lo que palparon con sus manos;⁽¹⁾ y estos mismos hechos maravillosos han sido confesados con inquebrantable constancia, en medio de los tormentos y suplicios más atroces, por personas de todas edades, sexos y condiciones; y han sido escritos de una manera indeleble con la sangre purísima de millones de mártires en los anales del mundo.

Este Hijo de Dios, fuerza y sabiduría del Padre, esplendor eterno de la Majestad divina, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, después de haber cumplido su misión sobre la tierra, debía volver al seno del *Padre; de donde había salido*⁽²⁾. Pero como Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, no era conveniente que después de haber enseñado la verdad al mundo entrase en perfecto reposo, dejándola expuesta a las disputas de los hombres. Por eso, antes de elevarse hasta lo más alto de los cielos, fundó la Iglesia católica, es decir, una sociedad sobrenatural, excelentísima y perfectísima, que tuviese en depósito perpetuamente su eterna palabra, que abasteciese al mundo del pan de la vida, que ni pudiese engañarse ni engañarnos, que enseñase a los hombres las lecciones que aprendiera de su divino Maestro, que fuese perfecto trasunto de las divinas perfecciones, sublime ejemplar y acabado modelo de las sociedades humanas. Y la estableció sobre una piedra inmovible, *sobre una piedra destinada a quebrantar a los que caigan encima, y a todos aquellos sobre quienes ella cayere*⁽³⁾. Y le dio una constitución vigorosísima, dotándola de la unidad de una monarquía, de la acción expansiva de una democracia, templadas ambas por una fuerte aristocracia, reuniendo de este modo en su seno todos los elementos del poder. Economía perfectísima que jamás ha poseído gobierno alguno; porque en todos los gobiernos humanos hay una propensión constante a destruirse entre sí estos tres elementos del poder a causa de las pasiones del hombre. Sólo en la Iglesia católica, sociedad sobrenatural fundada por Dios, caben estos tres elementos combinados armónicamente entre sí, sin perder nada de su pureza original y de su grandeza primitiva. Esta es la razón por qué la Iglesia católica tiene bastante fuerza para sostener en su seno a todos los pueblos, a pesar de la gran diferencia de lenguas, de costumbres y de necesidades; y por qué tiene sobrado poder para resistir a todos los embates del infierno. Por eso, aunque se han levantado contra ella formidables herejías, cismas disolventes, pasiones violentísimas, por más que reyes y emperadores la han combatido con todo su poder, ella ha permanecido siempre inmóvil, cual roca firmísima en medio de las alteradas ondas de un mar sin reposo.

Ella, y sólo ella, lleva las cuatro notas que patentizan su divinidad, notas ya señaladas en el símbolo de Nicea como decisivas en favor de la verdadera Iglesia, y

(1) S. Juan, carta 1.ª I, 1.

(2) S. Juan. XVI, 28.

(3) S. Mat. XXI, 44.

recitadas en todas las confesiones cristianas por la voz de los niños, de las vírgenes, de los jóvenes, de los ancianos, de los artistas, de los poetas, de los filósofos, por la voz de los tiempos y del espacio: *Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica*. Pero, aunque todas estas notas son claras y visibles, y pueden ser conocidas por todos fácilmente, hay sin embargo una que brilla más que las otras, que es más refulgente que el sol, nota que ninguna iglesia falsa posee, ni puede falsear siquiera, la nota de la universalidad, de la catolicidad. Señal tan soberana que la Iglesia inspirada por Dios, desdeñando al parecer todos los demás títulos, tales como los de *una*, de *santa* y de *apostólica* que tenía también desde los primeros siglos de su existencia, ha conservado el nombre de *católica*, como el que le pertenece por excelencia, nombre glorioso, que ninguna autoridad humana ha podido disputarle, ni una sólo vez siquiera, en el trascurso de más de diez y ocho siglos, y eso que se han hecho esfuerzos supremos para conquistarle. Pero en vano: « algunos grados de latitud y de longitud, dice el insigne P. Lacordaire,⁽¹⁾ pueden con todo el poder humano, y es ya una máxima que la extensión devora la unidad. Sólo la unidad católica se ha librado de esta ley de las cosas finitas. Apenas regada con la sangre que cayó de la Cruz, apenas animada con el soplo de Pentecostés, cruzó el Éufrates y el Rhin, visitó la Scitia, la India, la Etiopía, y mientras el imperio se dividía entre varios señores, o cedía su tierra a los bárbaros que lo sitiaban, ella derramaba en la superficie múltiple del suelo romano su unidad doctrinal, jerárquica, legislativa, judicial y administrativa, estrechando y fortificando su organismo laical, a medida que el antiguo mundo veía perecer el suyo. La Inglaterra, le Hibernia, la Germania, todas las playas del Septentrión le abrieron, cada una en su tiempo, un territorio más nuevo. Ella pasó el cabo de Buena Esperanza con Vasco de Gama, descendió a América con Cristóbal Colón, siguió con la cruz en la mano a todos los aventureros del siglo quince y diez y seis, elevando al lado de sus nombres, los nombres de Las Casas, de San Luis Bertran, de S. Francisco Javier, fundando cristiandades al abrigo de las factorías, persiguiendo y encantando a los salvajes hasta en sus más secretas florestas. ¿Dónde no se halla en el día? ¿Dónde no se encuentra con toda su unidad? Ved como se derrama sin dividirse por todas las bahías de la Oceanía. De lo alto de su Cátedra, única e inimitable, el padre de más de ciento cincuenta millones de hombres, dispersos por toda la tierra, levanta la voz que enseña, y es creído; nombra obispos, y son recibidos; promulga una ley, y es venerada; pronuncia un juicio, y hay sumisión a él; arregla ceremonias, y son practicadas. La distancia, la configuración, el clima, nada altera la majestad que manda ni la obediencia que ejecuta, O si se observa alguna diferencia entre el respeto que está cercano y el que está lejos, es toda en favor del poder, a medida que está más desarmado.

¡Qué milagro, Señores! La Inglaterra en todo toca con su política y sus naves; pero decidle que establezca en alguna parte su jerarquía, su legislación, su magistratura y su administración, sin sujetar con la fuerza el punto del globo donde ella las lleve; la Inglaterra creará que os burláis de ella. No obstante, esto es lo que

⁽¹⁾ Conf. XXXI.

hace diariamente la Roma católica, pues su soberanía orgánica y universal ha llegado a ser un elemento natural de la humanidad. Se ha visto a esa misma Inglaterra de que hablaba, separarse de Roma, proscribirla, inventar contra ella suplicios atroces; y, apesar de, este aparato, Roma ha conservado en el seno de esta Isla soberbia, durante trescientos años consecutivos, una cristiandad que recibía sus enviados, sus leyes, sus juicios, que oraba con ella, que pensaba con ella, que padecía y se regocijaba con ella, que moría feliz por ella. ¡Qué milagro, Señores, repito! Y ¿cómo explicarlo? Ah! voy a decíroslo: es que la naturaleza se rebela contra el orgullo y la dominación; pero contra la verdad, contra el bien, contra Dios, no hay montañas, ni desiertos, ni hielos, ni sol ardiente, ni mares borrascosos, ni barreras armadas.»

Es porque la verdad divina da valor para subir las montañas, para habitar los desiertos y acostumbrarse al sol más ardiente. Señores, lo estáis viendo todos los días: parte un misionero del suelo que le vio nacer para ir a tierras desconocidas, sabiendo ciertamente que va a disminuir los días de su existencia; ¡qué le importa! La verdad que va a anunciar es eterna; la eternidad le volverá los días que ha perdido. El misionero sabe que Dios se acuerda de un vaso de agua que se dé en su nombre; lo sabe, y abandona su patria, su familia y todo lo que hay para él de más dulce en la tierra, se abandona a sí mismo, para llevar hasta los confines del mundo el vaso de agua de la verdad; y este vaso de agua protegido por Dios que es quien le envía, y por la caridad que le lleva, triunfa del espacio y del tiempo, y supera todas las dificultades, que no han podido vencer los más hábiles y poderosos conquistadores.

Sí, Señores, porque la Iglesia católica es divina, porque está vivificada por el soplo eterno del Omnipotente, por eso ha triunfado de las montañas inaccesibles, de las nieves perpetuas, de los arenales ardientes, de los pantanos pestíferos, de los climas destructores; por eso se ha asimilado, a todas las razas, y ha establecido su imperio, así entre las tribus bárbara y salvajes, como entre los pueblos civilizados.

« Esta mística ciudad de Dios, dice un pensador profundo de nuestra patria⁽¹⁾, tiene puertas que miran a todas partes, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Rempublicam agnoscimus mundum*, dice Tertuliano. Para ella no hay bárbaros ni griegos, judíos ni gentiles. En ella caben el scita y el romano, el persa y el macedonio, los que acuden del oriente y del occidente, los que vienen de la banda del septentrión y de las partes del mediodía. Suyo es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina, suyo el imperio universal, y el universal sacerdocio; tiene por ciudadanos a reyes y emperadores, sus héroes son los mártires y los santos. Su invencible milicia se compone de aquellos varones fortísimos, que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros senados y en sus santísimos concilios. Cuando sus pontífices hablan a la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.»

⁽¹⁾ Donoso Cortés. Ensayo sobre el Catol. Lib. 1.º cap. 3.

A esta sociedad perfectísima le fue dada por Dios la facultad de enseñar a todo el universo; fue puesta en el mundo como sol para iluminar a todos los que a él vinieren. «Todo poder, dijo Jesucristo, me ha sido conferido en el cielo y en la tierra: por esto, id, y enseñad a todas las naciones.»⁽¹⁾ «Los paganos habían encerrado en sus templos la ciencia sacerdotal, y sólo algunos extranjeros, venidos de remotos países para consultarles, eran admitidos en el santuario. Encerraban los filósofos su enseñanza en lo interior de la escuela; distribuíanla dentro de los jardines y bajo los pórticos, rodeados de los honores de la amistad y de los honores de la palabra. Jesucristo no manda eso a los depositarios de su palabra increada, a sus apóstoles no les dice: Aguardaréis a que vengan a preguntaros la verdad; no les dice tampoco: Os pasearéis dentro de los jardines y bajo los pórticos; sino: *Id, y enseñad a todas las naciones*. No temáis, ni las dificultades de los idiomas, ni las diferencias de las costumbres, ni a los príncipes temporales; nada preguntéis del curso de los ríos, ni de la dirección de las montañas; avanzad vía recta: id como va el rayo del que os envía, como iba la palabra creadora que sacó la vida del caos, id como van las águilas y los ángeles.»⁽¹⁾

Si, Señores, a la Iglesia católica, y sólomente a la Iglesia católica, le ha sido conferida la facultad de enseñar la verdad al género humano; *ella es la columna y el firmamento de la verdad*;⁽²⁾ y por eso ella sólo tiene el derecho de examinar las doctrinas, y condenar los errores, *de instruir y educar a la juventud*,⁽³⁾ de dirigir y velar sobre la enseñanza pública, y consiguientemente de intervenir en los establecimientos públicos de enseñanza frecuentados por sus súbditos. El Estado en la cuestión de enseñanza es tan discípulo de la Iglesia como el último de sus súbditos. Porque, si bien es verdad que el Estado tiene obligación de procurar la perfección intelectual de sus súbditos por medio de las ciencias, las artes y la literatura, y por lo tanto obligación de proveer a la enseñanza pública, esta obligación sólomente significa un deber en el Estado de aplicar las fuerzas físicas y morales de su autoridad propia para que se enseñe a sus súbditos la verdad, que es la única que tiene derecho de ser enseñada. Y, como el Estado no posee por derecho propio esta verdad, tiene obligación de pedírsela y tomarla de quien la posee, que es la Iglesia católica, única Maestra infalible, erigida por El que es la verdad misma para enseñar a todas las generaciones.

Y no se diga, Señores, que hay ciencias que son patrimonio del poder civil, tales como la economía, la política, la filosofía, y que la Iglesia no debe entrometerse en la enseñanza de esas ciencias: no, Señores, no hay cuestión social, política, filosófica ni económica, que no deba resolverse con criterio rigurosamente teológico-católico, y por lo tanto sujeto a la Iglesia. Porque, como dice muy bien el ilustre

⁽¹⁾ S. Ma. XXVIII. 18, 19.

⁽²⁾ S. Pablo 1.ª Cart.. á Tim. III. 17.

⁽³⁾ N. SS. P. León XIII. Encicl. del 21 de Abril.

Marqués de Valdegamas,⁽¹⁾ «la teología por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas... Posee la verdad política el que conoce las leyes a que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes a que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce a Dios; conoce a Dios el que oye lo que Él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue que toda afirmación: relativa a la sociedad o al gobierno supone una afirmación relativa a Dios, o lo que es lo mismo, que toda verdad política o social se convierte forzosamente en una verdad teológica. Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quién y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene....El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas; mientras que en Dios no hay sino una afirmación, única, indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de cualquiera cosa, ignora que habla implícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre. La teología, pues, considerada en su acepción más general, es el asunto perpetuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpetuo de las especulaciones humanas.» Por lo tanto, la Iglesia no sólo debe enseñar la teología y el catecismo, como se ha dicho en nuestros días; sino que debe también examinar todas las doctrinas, e inspeccionar todos los ramos del saber; porque en todas las ciencias pueden deslizarse errores que se opongan directa o indirectamente a la verdad revelada por Dios.

La Geología, la Física y aun la Química pueden dar explicaciones sobre el origen y formación de la tierra y sobre los fenómenos que en ella se observan, que conduzcan a la negación de Dios o de alguno de sus atributos: la Historia Natural puede considerar en el hombre solamente los caracteres de mamífero, sin señalar la perfección esencial que le distingue inmensamente de los demás animales: la Psicología y la Moral establecer tesis absurdas sobre el origen y naturaleza del hombre y sobre su final destino: la Jurisprudencia exponer teorías que depriman los derechos de la Iglesia: la Medicina negar la espiritualidad e inmortalidad del alma: hasta de las Matemáticas han sacado objeciones los enemigos de la Iglesia para combatir la verdad católica.

«A este derecho que la Iglesia tiene de regir, juzgar, e inspeccionar la enseñanza pública se opone directamente, dice el muy ilustre Sr. Obispo de Córdoba⁽²⁾, ese monopolio universitario y esa enseñanza oficial, en que el Estado

⁽¹⁾ Ensayo sobre el Cat. ° lib. 1. ° cap. 1. °

⁽²⁾ Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez. Filosofía elemental, lib. 7. ° secc. 2. ° cap. 3. ° art. 4. °

se arroga el derecho de dar a los pueblos una enseñanza o doctrina determinada, conculcando los derechos y libertades, no sólo de la Iglesia, sino de los padres de familia para enseñar y educar a sus hijos. En esta materia, como en otras muchas, la sociedad moderna retrocede al antiguo paganismo y al despotismo cesarista, proclamando prácticamente el derecho del Estado para educar su antojo a los ciudadanos, y para ejercer sobre ellos los derechos de rey y de pontífice, reasumiendo en sí todos los derechos, sagrados y profanos, civiles y políticos.»

No faltará quizá alguno de esos que se llaman amantes de la dignidad del hombre y entusiastas de los adelantos científicos, que crea ver en esa sujeción de la ciencia a una autoridad, una abierta oposición al desarrollo de la mente humana; pero se engaña lastimosamente. El catolicismo al exigirnos sumisión a una autoridad en materias de fe, lejos de limitar la extensión del entendimiento, la ensancha sobremanera; protege la libertad de opiniones en las cuestiones particulares, que no se rozan con el dogma, y deja un espacio anchuroso para volar por todas las regiones científicas, y descubrir la verdad en todas sus manifestaciones: lo que hace es designar los límites de ese espacio, establecer un polo alrededor del cual pueda girar el entendimiento y colocar sobre altísima columna una antorcha brillantísima, a fin de que sirva de norte a los que caminan por la inmensa región del conocer.

«Es la obediencia al dogma, ha dicho muy bien un distinguido abogado español,⁽¹⁾ como freno que rige y ordena los movimientos del impetuoso caballo, como el timón que obliga a la nave a llevar seguro derrotero: libertad del freno al caballo; arrancad el gobernalle de la nave; nave y caballo estarán entonces sin traba alguna, libres para volar hacia el Septentrión o Mediodía con horizontes sin límites; pero el caballo hijo del viento, ebrio en su holgura, tendidas las negras crines, más rápido que la flecha, correrá desenfrenado a su capricho hasta caer jadeante en las abrasadas arenas del desierto, y la nave velera, juguete de los huracanes, devorando el espacio, parará quebrantada en ignotas regiones, o envuelta por las olas desaparecerá en los inconmensurables abismos de las aguas.» «Ni por lo que toca a Dios, dice Balines,⁽²⁾ ni al hombre, ni a la sociedad, ni a la naturaleza embaraza el principio católico el progreso del entendimiento: en nada le embarga, en nada se le opone; lejos de serle dañoso puede considerarse como un gran faro que, en vez de contrariar la libertad del navegante, sirve de guía para no extraviarse en las tinieblas de la noche.»

El sujetar nuestro entendimiento a una autoridad infalible, el humillar nuestra débil razón a las enseñanzas de la fe, no sólo no se opone al progreso científico, sino que es causa de él. Nuestro inolvidable Pontífice Pío IX ha confirmado esta verdad. «El conocimiento de las cosas divinas, dice, ilumina, fortifica y perfecciona admirablemente la razón humana.»⁽³⁾ Y no puede menos de ser así; porque la razón

⁽¹⁾ Sr. D. León Galindoy de Vera. Discurso leído en la inauguración de una Universidad católica en Madrid, año 1871.

⁽²⁾ El Protest. Comp. con el Catolic. t. ° 4. ° cap. LXIX.

⁽³⁾ Encicl. del 11 de Noviembre de 1846.

suprema, la razón divina que se nos manifiesta en la fe, disipa todas las tinieblas del espíritu, rompe el encanto de las representaciones sensibles que turban la inteligencia del hombre carnal; y entonces la razón iluminada y sostenida por la fe, que da una certeza absoluta, recorre con facilidad la esfera de la ciencia humana en toda su extensión.

La historia de las ciencias demuestra esta misma aserción en cada una de sus páginas. Es innegable el progreso científico de los tiempos cristianos y especialmente el progreso de las ciencias, de la filosofía. En las cuestiones fundamentales de la ciencia de Dios y del alma, de la moral y del derecho político y civil, ¡cuán por encima de Aristóteles y Platón se han elevado Sto. Tomás y S. Agustín con toda la escuela cristiana! Y ciertamente que no ha sido la superioridad de su genio lo que les ha dado tal ventaja; la fe era para ellos una antorcha brillante que los orientaba, y la revelación les marcaba el término y punto de su llegada; de manera que seguros de no extraviarse discurrían más fácilmente y con más felicidad que pudieron hacerlo los genios más insignes de la antigüedad pagana.

Bajo el imperio de una autoridad, de la autoridad infalible de la Iglesia católica, «bajo este fecundísimo imperio, dice el insigne Donoso Cortés,⁽¹⁾ han florecido las ciencias, se han purificado las costumbres, se han perfeccionado las leyes, y han crecido con rica y espontánea vegetación todas las grandes instituciones, domésticas, políticas y sociales... No hay verdad que la Iglesia no haya proclamado, ni error a que no haya dicho anatema. La libertad en la verdad ha sido para ella santa; y en el error, como el error mismo, abominable; a sus ojos el error nace sin derechos y vive sin derechos, y por esa razón ha ido a buscarle, y a perseguirle, y a extirparle en lo más recóndito del entendimiento humano.» Y esta intolerancia de la Iglesia con el error «ha salvado el mundo del caos. Su intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestión la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la verdad religiosa; verdades primitivas y santas que no están sujetas a discusión, porque son el fundamento de todas las discusiones; verdades que no pueden ponerse en duda un momento, sin que en ese momento mismo el entendimiento oscile; perdido entre la verdad y el error, y se oscurezca y enturbie el clarísimo espejo de la razón humana.» a la intolerancia doctrinal de la Iglesia se debe las maravillas de la civilización católica. Y «á esa portentosa civilización se debe todo lo que admiramos, y todo lo que vemos. Sus teólogos, aun considerados humanamente, afrentan a los filósofos modernos y a los filósofos antiguos; sus doctores causan pavor por la inmensidad de su ciencia; sus historiadores oscurecen a los de la antigüedad por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios*, de S. Agustín, es aun hoy día el libro más profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado a los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus concilios, dejando aparte la divina inspiración, son el monumento más acabado de la prudencia humana. Las leyes canónicas vencen en sabiduría a las romanas y a las feudales. ¿Quién vence en

⁽¹⁾ Ensayo sobre el Catol. lib. 1. ° cap. 3. °

ciencia a Sto. Tomás, en genio a S. Agustín, en majestad a Bossuet, en fuerza a S. Pablo? Quién es más poeta que Dante? Quién iguala a Shakespeare? Quién aventaja a Calderón? Quién como Rafael puso jamás en el lienzo inspiración y vida? Poned a las gentes a la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara. Ponedlas a la vista de las estatuas griegas, y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante. Ponedlas a la vista de un monumento romano, y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas a la vista de una» de esas grandiosas catedrales, bizantinas o góticas, que inspiran respeto y devoción por su majestad y grandeza, y encantan por su gracia y hermosura, y «os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia, y la más portentosa de las civilizaciones humanas.»

Queda, pues, desvanecida la objeción de los que dicen que el someter nuestros conocimientos a la autoridad infalible de la Iglesia se opone al progreso de las ciencias, y al desarrollo de la mente humana; y por consiguiente el no querer sujetarse a esa autoridad bajo el vano pretexto de que abate los vuelos de la razón es un acto nacido de la ignorancia o mala fe de espíritus débiles y esclavos de míseras pasiones, y que se han elevado muy poco sobre el conocimiento de las cosas materiales.

Y no solamente debemos sujetar nuestros conocimientos al Magisterio infalible de la Iglesia católica por necesidad y obligación, sino también por los inmensos beneficios que de esta sumisión se nos siguen, por la influencia suma que la doctrina católica ejerce sobre la sociedad. Porque, Señores, la doctrina católica es eminentemente civilizadora; «es un sistema de civilización completo; tan completo que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre.»⁽¹⁾ Sólomente ella posee las grandes verdades sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad. «La doctrina católica, dice Balmes,⁽²⁾ comunica al hombre un vivo sentimiento de su dignidad, y contribuye sobremanera a crear esa esfera individual en que el hombre, sin quebrantar los lazos que le unen a la sociedad, desenvuelve todas sus facultades.»

El catolicismo enseña al hombre la verdad sobre los grandes problemas de la vida, en cuya solución agotaron en vano sus fuerzas los más eminentes talentos de Grecia y los más aventajados ingenios de Roma. El Catolicismo dice al hombre el punto de donde viene y el término a donde va; le descubre el misterio de su peregrinación, el derrotero de su viaje, el enigma de sus lágrimas, el secreto de la vida y el arcano de la muerte. Le dice que viene de Dios y que vuelve a Él: de Dios que es la causa y principio de todo cuanto existe, en quien se halla toda verdad, toda bondad, todo poder, toda felicidad. Él lo anima todo con su aliento, y si Él faltara, el mundo se reduciría a polvo. Con esta revelación dichosa cae el denso velo que nos oculta esta vida terrenal y nuestra existencia, y se nos presenta el Universo como creación

⁽¹⁾ Donoso Cortés. Ensayo sobre el Catolic. lib. 1. ° cap. 2. °

⁽²⁾ El Protest. Comp. con el Catolic. tom. 2. ° cap. XXIII.

de Dios, como reflejo de la hermosura eterna, llevando el sello de la grandeza y magnificencia, y la marca de la mano que lo ha formado.

El viaje de la vida es penoso, la tierra es para el hombre un desierto, todo el linaje humano sufre las consecuencias de una gran caída. «Un doloroso yugo, dice Job,⁽¹⁾ pesa sobre el hombre desde su infancia, y sus días son penosos como los del jornalero.» Quiere el hombre comprender el dolor de su existencia, y le doctrina católica le da a conocer la mano que urde la trama de su suerte; le muestra el ojo siempre abierto de la Providencia sobre todos los caminos de la humanidad; le dice que la felicidad y la desgracia, la vida y la muerte, la riqueza y la pobreza vienen de Dios,⁽²⁾ que es un ser infinitamente bueno que, así para el rico como para el pobre, está todo lleno de amor, porque es el amor mismo: Dios es amor, dice S. Juan.⁽³⁾ Y viniendo todas estas cosas de Dios son un bien para nosotros, por más que el lenguaje humano les dé otro nombre.

Esta respuesta sublime es la sólo que ilumina los tenebrosos senderos de la vida, y responde al eterno *porqué* que a cada instante y en todo tiempo está en los labios del hombre. Además el catolicismo nos muestra en la persona de Jesucristo un modelo de la vida humana, verdadera y real, que admite el dolor y lo santifica; un tipo perfectísimo que inspira al hombre las ideas más puras y los sentimientos más sublimes y generosos, que le comunica una grandeza de alma elevadísima con bastante fuerza para desprenderse de todo vínculo terrenal, y arrostrar, cuando fuere menester, los padecimientos más atroces y la muerte misma.

El catolicismo traza al hombre el camino que debe seguir para llegar felizmente al término de su viaje; le enseña que debe sufrirlo todo y pasar por todo, antes que apartarse de los principios inmutables que profesa en el santuario de su conciencia. Y, después de trazarle el camino, le señala el término de su peregrinación: le dice que no ha nacido para vivir siempre en este mundo, que no tiene aquí ciudad permanente, que debe buscar otra futura,⁽⁴⁾ perfecta, a la cual debe dirigir todos sus deseos y aspiraciones; que su vida es corta y triste, como un día de invierno, pero que es una semilla arrojada en el surco del tiempo, que debe madurar para la eternidad; que su destino final es estar unido eternamente a Dios.

Con esta luz celestial, con esta doctrina bendita que llena de indecible alegría el alma y de inmenso placer el corazón, desaparecen las crueles angustias de la muerte, y se hacen dulces las lágrimas vertidas sobre la tumba del ser más querido. Es verdad que el catolicismo no suprime la muerte; pero ha triunfado de ella por Jesucristo: por eso la Iglesia pone la cruz sobre nuestros sepulcros, como un signo victorioso de nuestras inmortales esperanzas. El sepulcro está siempre abierto para todos los

⁽¹⁾ Job. XIII, 1.

⁽²⁾ Eclesiástico. XI, 14.

⁽³⁾ S. Juan. IV, 8.

⁽⁴⁾ S. Pablo. Carta á los Hebr. XIII, 14.

hombres sin distinción alguna; pero el católico al través de la noche de la muerte vislumbra ya la aurora de la eternidad. Jesucristo nos dice: «Yo soy la resurrección y la vida⁽¹⁾; todo el que cree en mí tiene la vida eterna.⁽²⁾

La doctrina católica no solamente ha regenerado al individuo, elevándole a una perfección admirable; sino que también ha transformado la vida de la familia, rehabilitando a la mujer en todos sus derechos. Antes del cristianismo la mujer estaba como excluida de la sociedad civil; las leyes la declaraban sujeta a perpetua tutela; y privada de todo derecho, ocupaba el último lugar en la familia. Degradada por una constante cautividad, cubierta con un velo, y oculta en el sitio más secreto de la casa, cual divinidad malhechora o como sierva sospechosa, deshonrada además por la poligamia y el divorcio, descendía al rango de esclava del hombre y de una especie de mercancía que se compra y se vende. Vino el cristianismo, y con sus doctrinas de fraternidad en Jesucristo y de igualdad de todas las almas ante Dios sin distinción de condiciones ni sexos, abolió para siempre la ignominia que pesaba sobre la mujer, destruyó el mal en su raíz enseñando al hombre que la mujer no debe ser su esclava, sino su compañera.

La doctrina católica ha vuelto a la mujer la libertad, la instrucción y todos los derechos civiles. La Iglesia la ha hecho participante del poder de la oración, de la gloria y dignidad de la virtud; la ha colocado sobre los altares; y los papas, y los reyes, y los emperadores se han arrodillado ante sus imágenes. Y si bien la excluye de algunos cargos incompatibles con la debilidad de su sexo, ha creado para ella ministerios que le dan una acción gloriosa en los destinos de la humanidad; tales como el ministerio de la educación, del que depende el porvenir de los pueblos, y el ministerio de la caridad, que socorre a los pobres, alivia las miserias, y enjuga las lágrimas. La mujer católica es la que visita los hospitales y las guardillas, descubre los gemidos y explora el vastísimo reino del dolor.

Restablecida la dignidad de la mujer eran consecuencias naturales de ella la indisolubilidad y la unidad del matrimonio. Y en efecto, la Iglesia consagró el matrimonio, y le estrecho con el triple lazo de un amor santo, de una humilde sumisión y de una fidelidad inviolable, y « proporcionó a los padres y a los hijos auxilios muy eficaces, con los cuales, mediante el cumplimiento de sus mutuos deberes pudiesen conseguir más fácilmente la felicidad temporal y la eterna.»⁽³⁾ «Esposa por elección y libremente (la mujer católica) se sienta como una reina en medio de sus hijos; la esposa ejerce la función de apóstol para con su esposo: las hermanas son los ángeles de la guarda de sus hermanos»⁽⁴⁾

Y si es grande la influencia que la doctrina católica ejerce en el individuo y en la familia, es inmensa la que desarrolla sobre la sociedad, principalmente por medio

⁽¹⁾ S. Juan. XI, 25.

⁽²⁾ Id. III, 36.

⁽³⁾ N. SS. P. León XIII.

⁽⁴⁾ Hettinger. Apología del Cristianismo t. 2.º Conf. XXXVIII.

de las elevadas ideas que nos dá del trabajo y de la autoridad. El trabajo corporal, altamente despreciado por los antiguos, fue ennoblecido para siempre con el ejemplo de un Dios hecho hombre; y el mandato primordial: *Comerás tu pan con el sudor de tu rostro*, recibió de Él la más elevada consagración. Los primeros imitadores de Jesús vivían del trabajo de sus manos, y condenaron la ociosidad que devora el fruto del trabajo de otro.⁽¹⁾ Desde entonces el trabajo dejó de ser una deshonra; y los Santos Padres apenas encuentran palabras para hacer su elogio. El trabajo en el catolicismo es considerado como un escudo contra las tentaciones, como un remedio que fortifica por su naturaleza moral, como una obra realizada para el servicio de Cristo. Y este trabajo honrado, hecho libremente, es sin comparación más fecundo que el trabajo servil de los antiguos, porque desarrolla nuevas fuerzas productoras. Con esta idea elevada del trabajo el catolicismo ha establecido en medio de la sociedad una fuente perenne, de donde emanan el bienestar y la riqueza de los pueblos; y ha creado la condición necesaria de toda independencia y de toda verdadera libertad, lo mismo que de toda nobleza de sentimientos.

La Iglesia determinó claramente y fijó con solidez la verdadera significación de la autoridad. Los antiguos reyes y príncipes gobernaban por la fuerza y para sí, y los súbditos obedecían por temor. La autoridad era las más de las veces un verdadero despotismo y la obediencia una esclavitud, degradante. La Iglesia católica dice a los príncipes, y a los reyes, y a los emperadores, tomando las palabras a S. Pablo y a Salomón: «Toda autoridad procede de Dios, por quien los reyes reinan y por quien los legisladores definen el derecho.»⁽²⁾ Y a los súbditos les manda que obedezcan a los superiores no sólo por temor, sino también por deber de conciencia.⁽³⁾ No es un hombre a quien los católicos obedecen; el hombre es demasiado grande para obedecer a otro hombre. El mandato de obedecer a los príncipes es de Dios; y a Dios es a quien obedecemos, cuando ejecutamos las órdenes de un superior. «El que resiste, dice S. Pablo, a la autoridad, resiste a la ordenación de Dios.»⁽⁴⁾ De este modo «el catolicismo divinizando la autoridad, santificó la obediencia; y santificando la una y divinizando la otra, condenó el orgullo en sus manifestaciones más tremendas, en el espíritu de dominación y en el espíritu de rebeldía. Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica: el despotismo y las revoluciones. Rousseau, que tuvo algunas veces súbitas y grandes iluminaciones, ha escrito estas notables palabras: «Los gobiernos modernos son deudores indudablemente al cristianismo, por una parte, de la consistencia de su autoridad, y por otra, de que sean más grandes los intervalos entre las revoluciones. Ni se ha extendido a esto sólo su influencia; porque obrando sobre ellos mismos, los ha hecho más humanos: para convencerse de ello no hay más que compararlos con los gobiernos antiguos.»⁽⁵⁾ Y Montesquieu

⁽¹⁾ S. Pablo. Carta á los Thesal. IX, 11.

⁽²⁾ Pontifical romano. De Benedictione et coronatione regis.

⁽³⁾ S. Pablo. Carta á los romanos. XIII, 5.

⁽⁴⁾ Id. Carta á los romanos cap. XIII, 2.

⁽⁵⁾ Emile, libro 4. °

ha dicho: «No cabe duda sino que el Cristianismo ha creado entre nosotros el derecho político que reconocemos en la paz, y el de gentes que respetamos en la guerra, cuyos beneficios no agradecerá nunca suficientemente el género humano»⁽¹⁾

«De seguro, ha dicho en estos últimos días el dignísimo Sucesor de Pio IX, si el principado civil no hubiera perdido aquel carácter sagrado y sublime que la religión le había impreso, único que hace racional y noble la sumisión, no hubieran estallado tantas sediciones y tantas guerras, para llenar la tierra de calamidades y estragos, ni los reinos, en otro tiempo florecientes, hubieran caído del sumo de la grandeza al abismo, bajo el peso de toda clase de desventuras.»⁽²⁾

La Iglesia con su doctrina celestial ha regenerado a todos los pueblos y los ha colmado, no sólo de gracias del cielo, sino también de prosperidades temporales. «Desde el momento en que una nación se coloca en el terreno de la fe y de la vida sobrenatural, dice un insigne apologista moderno, encuentra allí un principio de duración que triunfa del tiempo, y un fondo de ideas eternas y de fuerzas sobrehumanas en donde no cesa de florecer y fructificar ... Religión y política, Estado e Iglesia, cosmopolitismo y patriotismo, ciencia y arte, comercio e industria, todo cuanto hay de esencial en el desarrollo de la vida del hombre, lejos de ser extraño a la conciencia católica, no se comprende bien más que en ella y por ella, porque en ella es en donde se encuentra el centro común de todas estas cosas, y ella las penetra con su luz sobrenatural, uniendo, ennobleciendo y glorificándolo todo. En verdad que es un vano propósito el hablar de un antagonismo entre la Iglesia católica y la civilización. Tal antagonismo no existe: no hay oposición sino allí donde es desconocida la idea de la Iglesia, allí donde la civilización alterada ha adquirido ese espíritu anti-católico lleno de orgullo y de vértigo, que adora al ídolo del genio humano y precipita las masas en el materialismo, caricatura de la civilización.»⁽³⁾

Oigamos ahora las sublimes palabras que a este propósito ha pronunciado el Supremo Vicario de Jesucristo, Nuestro Santísimo Padre León XIII: «Es bien claro y evidente, dice, que la causa de la civilización carece de fundamento sólido sino se apoya sobre los principios eternos de la verdad y sobre las leyes inmutables del derecho y de la justicia, si un amor sincero no une las voluntades de los hombres y no fija suavemente la naturaleza y condición de sus deberes recíprocos. Ahora bien; ¿quién se atreverá a negar ser la Iglesia la que, predicando el Evangelio entre las naciones ha hecho brillar la luz de la verdad en medio de los pueblos salvajes, imbuidos de supersticiones vergonzosas, y la que los ha conducido al conocimiento del divino Autor de todas las cosas y al respeto y consideración de sí mismos; la que, haciendo desaparecer la calamidad de la esclavitud, restableció a los hombres. En la antigua dignidad de su nobilísima naturaleza; la que desplegando en todos los

⁽¹⁾ Esprit des lois, lib. 29, cap.3.

⁽²⁾ Encicl. del 21 de Abril.

⁽³⁾ Hettinger. Apología del Cristianismo. Conf. XLIII.

ángulos de la tierra el estandarte de la redención, introduciendo o protegiendo las ciencias y las artes, fundando y tomando bajo su amparo los institutos de caridad destinados al alivio de todas las miserias, ha ennoblecido al linaje humano en la sociedad y en la familia, le ha levantado de la postración en que yacía, y le ha formado con toda solicitud para un género de vida conforme a la dignidad y a los destinos de su naturaleza? ¡Ah! Cualquier hombre de sana razón, que compare esta época en que vivimos tan completamente hostil a la Religión y a la Iglesia de Cristo con aquellos afortunadísimos tiempos en que la Iglesia era venerada por las naciones como Madre, conocerá claramente que está nuestra época llena de perturbaciones y ruinas, camina derecha y rápidamente a su perdición; y por el contrario verá que aquellos tiempos tanto más florecieron en óptimas instituciones, en tranquilidad, en riqueza y prosperidad públicas, cuanto más sumisos se mostraron los pueblos al régimen y a las leyes de la Iglesia. De forma que siendo claro y evidente que los numerosos beneficios que acabamos de recordar, y que proceden del ministerio y benéfico influjo de la Iglesia, son obras gloriosas de verdadera civilización, lo es igualmente que la Iglesia no sólo no la rechaza ni la aborrece; sino que por el contrario se gloria con justo título de haber sido su madre, su nodriza y su maestra.

Antes bien, esa civilización que se opone a las santas doctrinas y leyes de la Iglesia no es sino una falsa civilización y debe considerársela como un nombre vano y sin realidad...

No: no es verdadero progreso de la vida civil aquel en que se desprecia procazmente toda autoridad legítima; no es verdadera libertad la que lleva tras sí, como apéndice de vergüenzas e ignominias, la propagación desenfrenada de errores, el libre goce de perversas concupiscencias, la impunidad de crímenes y maldades, la opresión de los buenos ciudadanos, cualquiera que sea la clase a que pertenecen...

Tales principios son falsos, erróneos, perniciosos; en ellos no se halla seguramente la fuerza de perfeccionar a la naturaleza humana, y de hacerla feliz; porque *el pecado hace a los pueblos miserables*. Y sucede, y esto es absolutamente inevitable, que después de haber corrompido las inteligencias y los corazones, esos principios, por su propia gravitación, precipitan a los pueblos en un piélago de desgracias, conculcan el orden legítimo, y de esa suerte, más pronto o más tarde, traen la pérdida total de los poderes y de la pública tranquilidad.»⁽¹⁾

Sí, Señores, la Iglesia por lo mismo que es la única depositaria de los principios eternos de la verdad y de las leyes inmutables del derecho y de la justicia, es también la única que posee la verdadera civilización, y la única que con mano pródiga dispensa a la sociedad sólidos y verdaderos bienes. «Que se nos den, decía ya San Agustín,⁽²⁾ esposos y esposas como los quiere la doctrina católica, padres e hijos, señores y sirvientes, reyes, magistrados, soldados,

⁽¹⁾ Encicl. del 21 de Abril.

⁽²⁾ Ep. CXXXVIII. ad Marcellin cap. II. n. 1.

ciudadanos y funcionarios de todo género, animados de sentimientos católicos, y se confesará que lejos de ser contraria a los intereses de los imperios, la religión católica es la mejor garantía de su salvación.» Así lo ha confirmado la experiencia de diez y ocho siglos. Por lo tanto, podencos afirmar, sin temor de ser desmentidos por los hechos, que la enseñanza católica es necesaria para la subsistencia, bienestar y perfeccionamiento real y verdadero de las sociedades.

Voy a reasumir cuanto llevo dicho en este desaliñado discurso. El hombre reclama y exige naturalmente la verdad, que es la vida de su espíritu y de su corazón, sin la cual no puede vivir con sosiego, ni morir tranquilamente; la verdad pura y sin mezcla de error respecto de Dios, del origen de sí mismo, de su naturaleza y final destino; la verdad moral y religiosa, de la cual depende toda su salvación y felicidad. Esta verdad no puede ser adquirida por la razón pura, atendidas todas las circunstancias y necesidades de que se halla rodeado el hombre en la vida presente, como lo demuestra la historia de más de cinco mil años: por consiguiente, es necesario que una luz superior manifieste la verdad a los hombres a no ser que absurda e impíamente digamos que Dios que hace brillar su sol sobre todos, que ilumina las águilas que se ciernen sobre las cimas de los montes y a las avejillas que cantan la creación a la sombra de una espiga de trigo; que cuida de la humilde yerba de los campos, como de la robusta y soberbia encina de los bosques, del átomo imperceptible que se agita en el espacio, como del astro refulgente que brilla en el firmamento; que ha provisto con tanta largueza a las necesidades del cuerpo del hombre, se haya olvidado del espíritu, haya negado el alimento necesario, el pan de la inteligencia para el alma, que ha sido hecha a su imagen y animada por su soplo divino. «Dios, dice el apóstol,⁽¹⁾ quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad.» Por eso viendo que no bastaban las revelaciones hechas a los antiguos Padres y Profetas, nos habló por medio de su Hijo, el cual enseñó como quien tiene todo poder,⁽²⁾ con palabras y obras que daban testimonio de su divinidad. Y antes de volverse al seno *del Padre de donde había salido*,⁽³⁾ constituyó en la tierra una autoridad sobre todas las humanas, un órgano infalible de su revelación divina; y la estableció sobre una roca firmísima y altísima para que pudiese hablar a todos los hombres con imperio, y fuese corno luz brillantísima reflejando en todos los horizontes. Esta autoridad suprema de la verdad es la Iglesia católica, única que lleva en su frente el sello de la divinidad. A ella y sólo a ella se dio la altísima misión de enseñar todas las naciones. Sabios e ignorantes, ricos y pobres, reyes y mendigos, todos sin distinción alguna deben inclinar sus frentes ante el Magisterio infalible de la Iglesia católica, única depositaria de la verdad divina. Todos deben recibir las enseñanzas de la Iglesia, si quieren caminar con paso firme y seguro por las vastísimas regiones del conocer. Y estas verdades que la Iglesia enseña son tan sublimes y fecundas que producen beneficios inmensos en el individuo, en la familia

⁽¹⁾ S. Pablo. Carta 1.ª a Tim. II. 4.

⁽²⁾ S. Marc. I, 22.

⁽³⁾ S. Juan. XVI, 28.

y en la sociedad. Así como del desprecio y olvido de estas santas verdades que abraza la doctrina católica se siguen males sin cuento para la humanidad, como lo asegura Nuestro Santísimo Padre León VIII en la Encíclica ya tantas veces citada: «Estamos convencido, dice, de que los males que actualmente afligen a la sociedad tienen su causa principal en el desprecio y olvido de esta santa y augusta autoridad de la Iglesia que gobierna al género humano en nombre de Dios, y que es la garantía y el apoyo de toda autoridad legítima.» Por consiguiente, debemos conservar la enseñanza católica no sólo porque la razón y el deber así lo exigen, sino también porque el bienestar, el desarrollo y perfeccionamiento de la sociedad así lo demandan. Queda por lo tanto demostrada *la necesidad lógica y social de que la enseñanza sea católica*.

Séame ahora permitido dirigir nada más que una palabra a los que en nombre de Dios rigen los destinos de estas Islas, y tienen la elevada misión de procurar el perfeccionamiento intelectual de sus semejantes: y es que continúen prestando su decidida protección a la enseñanza católica; que impidan la circulación de escritos contrarios al dogma y a la moral del Evangelio, y procuren por todos los medios posibles que se dé una enseñanza enteramente conforme con las verdades reveladas por Dios y propuestas por la Iglesia. De este modo se harán merecedores de los favores del cielo, del honor, respeto y gratitud de los pueblos; y la sociedad reconocida grabará sus nombres en la historia con caracteres indelebles. ■

HE DICHO.

Julián Rivilla Ramiro, O.P. (1850-1919) was born on February 16, 1850. A native of Bercial (Segovia), he received the habit at the Convent-College of Sto. Domingo de Ocaña on Septemebr 10, 1865. He made his simple profession at the same place on September 11, 1866, and his solemn profession on September 12, 1869. After seven years, he was ordained priest and was designated as lector of philosophy in Ocaña. He occupied the same post at the Sto. Domingo Convent in Manila upon arrival in the Philippines, and from the middle of 1874, at the University of Santo Tomas where he took up his Licentiate and Doctorate in Philosophy, and in 1878, his Licentiate and Doctorate in Theology. He served as Director Colleges, censor of Books of the Order, Synodal Examiner of the archbishop of Manila, Trustee of the University, and of the Province, and Master of Novices in the Convent of Sto. Tomas de Avila. He participated in the 1891 General Elective Chapter of the Order in Lyon, France as socius of the Diffinitor and Elector of the Master of the Order. In 1895, he was Director of the Third order and College Vice-Rector. He also served as Vice-Rector of the College in Avila (1910-1917). His last assignment was as Vicar Provincial of the houses of the Province in Spain in 1917, then, he moved to Madrid where he died on December 24, 1921. (Neira, Ocio & Arnaiz, O.P., *Misioneros Dominicos En El Extremo Oriente 1836-1940*, vol. 2, p. 173).